



REPÚBLICA ESPAÑOLA

MENSAJE DE AÑO NUEVO

El año 1955 ha terminado para nosotros con la muerte de una gran ilusión. Tanto hemos creído siempre los republicanos españoles en la interdependencia de los pueblos, que orgullosamente habíamos escrito en nuestra Constitución que « el Estado español acatará las normas universales del Derecho internacional, incorporándolas a su derecho positivo ». Ya hirió gravemente nuestras convicciones aquella siniestra conspiración del silencio que en las Asambleas de la Sociedad de Naciones acogía las cálidas y conmovidas demostraciones hechas documentalmente por nuestros Delegados sobre la intervención armada de los ejércitos del fascismo universal en nuestra heroica defensa contra el asalto del fascismo español. Pero queríamos seguir creyendo en la existencia de una fraternidad humana por encima de las fronteras y pronto reaccionamos contra las asechanzas del pesimismo. Vino a tranquilizarnos por completo el consolador espectáculo de una condenación unánime del Gobierno nazi-fascista de Franco hecha por las Naciones Unidas al constituirse en San Francisco el año 1945.

Aquel acuerdo noble y digno despertó entusiasmo en la masa oprimida del pueblo español y un miedo cerval en las filas de sus tiranos. Desgraciadamente, fué tan sólo un relámpago fugaz, pues no le siguió el trueno destructor de la iniquidad. En seguida comenzaron a producirse, sobre todo a partir de 1947, claudicaciones cada año más acusadas, dentro de un mefítico ambiente de sórdido regateo comercial. Y, sin embargo, persistía nuestra esperanza en la justicia inmanente de la colectividad internacional, sentimiento de tipo casi místico que nos impulsó a ofrecerle en un Memorandum, con doloroso holocausto de nuestros principios más puros, la visión de una salida honrosa y pacífica para el problema español, tan cargado de malos presagios. La contestación a nuestro abnegado desprendimiento han sido las vergonzosas sesiones del Consejo de Seguridad en los días 13 y 14 de diciembre, modelo perfecto de lo que no debe hacerse si se quiere merecer respeto, y la votación efectuada por la Asamblea General el día 15, de la que parcialmente se salvaron, con sus tímidas abstenciones, los señores Delegados de Méjico y de Bélgica. Este dramático desenlace, en el que participaron por igual las Delegaciones del Gobierno de Estados Unidos y de los

de sus Estados amigos, del Gobierno de la URSS y de los de sus satélites y de los Gobiernos de la Tercera Fuerza Europea, liberal-democrática y socialista, ha puesto un *lasciate ogni speranza* en la solución internacional de nuestro problema. Ni siquiera hemos pedido ni pediremos a la Secretaría de las Naciones Unidas que nos acuse otra vez recibo de una protesta que no pensamos enviarle, porque allí ya no tendremos nada que hacer mientras la defensa de la libertad de los pueblos y de los derechos de los hombres no sea otra cosa que meros artículos sin alma enterrados en la tumba de los Estatutos.

En un intento subconsciente de coonestar su mala acción, han dicho algunas Delegaciones, sobre todo hispanoamericanas, que no podía consentirse que España siguiera ausente de las Naciones Unidas. Esta explicación es más ofensiva que el voto para nuestra patria. España tiene títulos sobrados para figurar en primera línea dentro de cualquier entidad de tipo internacional, y así ha estado siempre en todas. Pero Franco no es España, según proclamó unánimemente la misma ONU en un momento de honesta sinceridad. Al introducirse al Gobierno usurpador que acaudilla Franco en aquella entidad, no se honra a España, se la remacha en su cruz. Algún día podrá nuestra patria mártir, libre al fin de sus verdugos y de los ayudantes exteriores de sus verdugos, exigir a unos y a otros muy estrechas responsabilidades. Por ahora, ha de limitarse a rechazar con indignación unas conmiseraciones que no ha pedido ni necesita y que humillan su altivez. Al votar por Franco no se ha votado por España, sino contra España. Al votar por Franco, sin que él haya rectificado nada de su política totalitaria, y esto hay que reconocerlo en su honor, no se ha votado por las Naciones Unidas, sino contra las Naciones Unidas. Al votar por Franco, en ese chalaneo político-económico-militar que hoy mantienen cerca de los explotadores de España los Gobiernos de Estados Unidos y de la URSS, en un todo semejante al que sostuvieron cerca de Rusia los bloques alemán y aliado antes de la gran guerra segunda, no se ha votado por la paz, sino contra la paz.

¿ Tan ciegas están las personas más responsables de la política en el mundo que no han llegado a percibir que, con su decisión en la ONU favorable a Franco, impulsan al pueblo español a meterse en el camino de violencia que nosotros quisimos cerrarle con nuestro Memorandum ? Ningún pueblo del universo ha derramado en estos últimos años tanta sangre como el de España en defensa de la libertad y de la democracia. Cayó, a la postre, por pecado de todos, en unos de acción y de omisión en otros, en poder de un bárbaro despotismo. Quería salir de esa prisión espiritual y física por la misma vía civilizada que utilizó para conquistar la República : unas elecciones libres. Se le niega y se comete esta infamia al mismo tiempo que se reconoce tal derecho, lo cual celebramos, a unos países que acaban de salir del coloniaje y a otros de civilización incipiente. Y no solamente se le niega, sino que se recibe

triumfalmente al dictador que encadenó, con el auxilio de sus similares de Alemania e Italia, a un pueblo milenariamente prócer, y todas las naciones asociadas parecen deseosas de gritar : « ¡ Franco ! ; Franco ! ; Franco ! » al paso del sátrapa europeo hacia el sitio que con todos los honores se le ha concedido para — ¡ qué sarcasmo ! — contribuir a que exista « el respeto universal a los derechos humanos y a las libertades fundamentales de todos, sin hacer distinción por motivos de raza, sexo, idioma o religión, y a la efectividad de tales derechos y libertades ».

España se encuentra al final de esta bochornosa jornada absolutamente sola. Ya todos hemos perdido la esperanza en una cooperación internacional, que era obligada reparación, porque internacionalmente se produjo el crimen. Hemos perdido la esperanza, pero conservamos y conservaremos inextinguiblemente la fe. Nuestra causa es sagrada, y a ella le debemos nuestra inteligencia, nuestro trabajo y nuestra vida. No tenemos que confiar en lo sucesivo nada más que en nosotros mismos. ¿ Podremos realizar ahora la fusión de todos los esfuerzos para entregarlos íntegros a la prosecución de la obra común ? El empeño será gigantesco, muy propio de españoles de constitución mítica. Cuando todos se rinden ante Franco, demostraremos que España le repudia más que nunca. En un afán ciclópeo, con mayor intensidad hoy que ayer y mañana que hoy, en superación incesantemente renovada y acrecida, hemos de laborar juntos los del interior y los de fuera, convencidos unos y otros de que la redención de España ha de ser obra exclusiva de los españoles.

Estaremos más obligados que antes a lograr que se sumen a la patriótica empresa, en decisión generosa, los jóvenes de las generaciones posteriores al comienzo de nuestra guerra, quienes empiezan a sentir una encomiable inquietud crítica, la cual les impulsa a averiguar lo que fué la República y por qué se produjo el levantamiento contra aquel régimen. A nosotros, exentos de pecados graves, eso nos satisface. Que sepan primero y juzguen después. La España de mañana ha de ser para ellos y no para nosotros, que nos conformamos con participar lo más posible en su reedificación sobre bases de libertad para todos y de iguales derechos para todos. El año 1956 que alborea debe ser el año del resurgimiento. Sin dejar para otro día la tarea de nuestra reorganización, debemos comenzarla inmediatamente, y, apenas lograda, entregarnos a una intensa acción coordinada. A pesar de todos los apoyos materiales y morales que recibe del exterior, el franquismo se derrumba por su incompetencia y por su inmoralidad, va a la deriva y puede estrellarse, con inminente peligro para el país entero. Hemos de preocuparnos de impedir que a este sucio régimen, en el que todas las concupiscencias tienen su asiento, le substituya el caos. Con buena voluntad se requerirá un sacrificio pequeño en las ideologías parciales para convenir un programa mínimo de acción y de reconstrucción, aprobado por los es-

pañoles de dentro y fuera de España que queremos ver a nuestra patria dueña de sus destinos y en disposición de hacer lo que le convenga y no lo que se le imponga. Y con este instrumento de trabajo en las manos y el entusiasmo en los corazones, el año 1956 pudiera ser, no obstante las apariencias internacionales, el año de nuestra resurrección.

París, 1° de Enero de 1956

Félix GORDON ORDAS

*Presidente del Gobierno de la República Española
en el Exilio*

**SAQUE COPIAS
DELO A CONOCER
HAGALO CIRCULAR**